

DURKHEIM Y WEBER: SOBRE LOS ANÁLISIS SOCIOLÓGICOS Y LOS ANÁLISIS HISTÓRICOS

RICARDO SIDICARO

Ricardo Sidicaro es Investigador del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones «Gino Germani», de la Universidad de Buenos Aires, y Profesor de esa Universidad y de la Universidad Nacional del Litoral.

Dirección laboral: Pte. José E. Uriburu 950, 6° piso, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, CP 1000, Argentina.

Resumen

Émile Durkheim y Max Weber opinaban que el antagonismo entre los análisis sociológicos y los análisis históricos no existía. Sin embargo los dos fundadores de la Sociología fueron muy críticos de los historiadores en los aspectos conceptuales y epistemológicos. Los paradigmas conceptuales propuestos por Durkheim y Weber elaborados a partir de comparaciones históricas ofrecieron importantes conocimientos para formular nuevas hipótesis e investigaciones. Para Weber, la Sociología y la Historia eran ciencias empíricas de la acción cuyas investigaciones debían proporcionar conocimientos contrarios a las visiones del sentido común. Según el autor, el tema de este artículo es relevante para el caso argentino, en el que las crisis políticas y sociales influyeron negativamente en muchos estudios sociológicos e históricos del siglo XX cuyos argumentos y conclusiones no se diferenciaron de las ilusiones del sentido común y tendieron a identificarse con los valores de los actores.

Summary

Émile Durkheim and Max Weber believed that the antagonism between sociological analysis and historical analysis does not exist. However, the two founders of sociology were very critical of historians in the conceptual and epistemological aspects. The conceptual paradigms proposed by Durkheim and Weber made from historical comparisons provided important knowledge to formulate new hypotheses and research. For Weber, Sociology and History were empirical sciences of action whose research should provide knowledge contrary to the views of common sense. According to the author, the subject of this article is relevant to the Argentine case, in which the political and social crises adversely affected many sociological and historical studies of the twentieth century whose arguments and conclusions did not differ from the illusions of common sense and tended to identify with the values of the actors.

De los autores clásicos que abordaron la cuestión de las relaciones entre los análisis sociológicos y los análisis históricos, los escogidos en este breve texto elaboraron paradigmas conceptuales, o programas de investigación, que influyeron notoriamente sobre el conjunto de las Ciencias Sociales. Dada la importancia que tenían los estudios históricos para la construcción de los Estados-Nación, las consecuencias de las discusiones metodológicas rebalsaban ampliamente los límites de las disputas académicas. Cabe aclarar que, en la medida que las perspectivas de Émile Durkheim y Max Weber sobre los análisis históricos remitían a aspectos centrales de sus teorías de la acción social, el objeto de análisis específico que aquí ocupa nuestra atención presenta dificultades para ser acotado. Por otra parte, no se trató de debates académicos en los que se confrontaban sólo opiniones epistemológicas, sino que ambos sociólogos, más allá de sus diferencias, habían construido sus teorías e investigaban acordando un lugar central a las comparaciones históricas en tanto recurso de experimentación racional, razón por la cual los modos de construir conocimientos de los historiadores y sus resultados no les eran indiferentes.

Además, preocupados por la vida política de sus sociedades, prestaban atención a los efectos ideológicos de las interpretaciones históricas, ya que los modos de presentar a los protagonistas y a las relaciones del pasado incidían en las ideas sobre el presente. En ese aspecto, sus posiciones sobre la necesidad de determinar la socio-génesis de las causas de los procesos sociales situaron a sus visiones de la Sociología en un espacio muy distinto a los del sentido común de las elites políticas y culturales de su época. En fin, probablemente la mayor actualidad de los temas que abordaremos reside en el contraste que presenta el estado de estos debates académicos en las Ciencias Sociales a nivel internacional y en Argentina. Mientras en el primer caso han sido en buena parte saldados y profundizados; en el segundo, las polémicas persisten. En nuestro país los estudios sociológicos e históricos sobre temas relativamente recientes o actuales, presentan aún las influencias de viejas interpretaciones no debidas tanto a la falta de nuevos conocimientos sino a las endeblas fronteras que las separan de las reflexiones del sentido común.

DURKHEIM

«En realidad, que yo sepa, no hay conocimiento sociológico que merezca ese nombre y que no tenga un carácter histórico»¹. Con esos términos Durkheim precisaba su posición sobre la ausencia de antagonismos entre ambas disciplinas, pero al mismo tiempo subrayaba sus discrepancias con las formas en que los historiadores definían sus objetos de análisis y los procedimientos de investigación. La polémica que a fines del siglo XIX estableció el fundador de la Sociología francesa con Charles Seignobos, se mantuvo durante las dos décadas siguientes. En cierto modo, lo que se conocería como el imperialismo científico durkheimiano en materia de Ciencias Sociales y la inclinación a darle a la Sociología un lugar rector en los estudios sobre la sociedad fue, además de constitutiva de la contienda por la institucionalización de la nueva disciplina, una prolongación de los debates políticos.

En la época de Durkheim, la Historia se mostraba más activa y productiva que la incipiente Sociología para proponer interpretaciones sobre temas que, de un modo u otro, gravitaban en las formas de pensar de la sociedad y de sus elites políticas. Los historiadores tenían ya un reconocimiento en la esfera universitaria, mientras que la Sociología consiguió ser aceptada como disciplina luego de muchos esfuerzos. En la medida en que las investigaciones de los historiadores tenían como fuentes los documentos y testimonios de las instituciones y de los protagonistas, más allá de las conclusiones, sus métodos objetivamente eran afines a las formas de pensar de los sectores más influyentes de la sociedad. En cambio, por su teoría de la acción social, la sociología durkheimiana no jerarquizaba los roles desempeñados por las «grandes personalidades». Consideraba que los legisladores no hacían más que convertir en ley lo que la sociedad previamente había aceptado como costumbre o regla ética; cuestionaba los sistemas de representación política territorial de los que salían las designaciones de los nuevos profesionales de la política; ponía en duda la validez del sufragio individual propugnando la formación de corporaciones socio-profesional en las que la deliberación fuese la base de consensos y de integración social. La afinidad con los jefes de la Tercera República familiarizados con las teorías de August Comte, cultores de la idea de progreso e interesados por el desarrollo de los sistemas educativos fue, sin embargo, lo que favoreció la

¹ Émile Durkheim, «Debate sobre la explicación en Historia y en Sociología» (1908), en: *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 292.

aceptación de la escuela durkheimiana que no ocultaba sus disidencias con los procedimientos políticos imperantes y en el plano teórico con el comtismo. Si bien las objeciones de Durkheim a Seignobos pudieron desconcertar a los dirigentes republicanos por ser contrarias a sus prenociones de sentido común, dada la situación de anomia —que según Durkheim caracterizaba a la sociedad francesa—, los miembros de la clase política mayoritariamente se mostraron más propensos a pensar en sus intereses electorales o beneficios personales que en cuestiones de mayor trascendencia, y con sus prácticas crearon lo que se denominó «la República de los favores», con «formas inéditas de clientelismo»².

La discusión con Seignobos no abarcó sólo la labor de los historiadores, sino los fundamentos epistemológicos del trabajo de producción de conocimientos en Ciencias Sociales. Para Durkheim, los documentos y testimonios que manejaban los historiadores eran de dudosa utilidad, pues en los mismos los actores dejaban las trazas de sus experiencias pensadas desde puntos de vista necesariamente sesgados por sus introspecciones, mientras que escapaban a sus percepciones las causas sociales de sus conductas. De allí que criticara a Seignobos y su escuela por «estar introduciendo en historia el método introspectivo de un modo ilimitado cuando cualquiera sabía en qué medida la consciencia está desbordada de ilusiones»³. Demás está decir que esas consideraciones pondrían hoy en cuestión numerosos trabajos sociológicos que toman al pie de la letra las declaraciones de los actores o sus autobiografías y, más en general, que convierten las respuestas a entrevistas y encuestas en criterios válidos de descripción para dar cuenta de lo que sucede en los más diversos dominios. Durkheim, por el contrario, explicaba las «causas» de los modos de hacer, pensar, o sentir de épocas presentes o pasadas, quitándole toda relevancia a los «motivos» aducidos por sus actores y, en cambio, centraba el análisis en los sistemas de relaciones sociales y en las representaciones colectivas que condicionaban esas acciones. Cabía, entonces, remitir a los múltiples espacios en los que se establecían vínculos sociales con disímiles niveles de regulaciones éticas o legales, a los efectos de encontrar las claves de inteligibilidad tanto de las conductas individuales y colectivas como de las formas de percepción y cognición de los agentes sociales. Situado en esa perspectiva teórica, cuando Durkheim in-

² Frédéric Monier, «La République des *faveurs*», en: Marion Fontaine *et al.* (comps.), *Une contre-histoire de la III^e République*, Paris, La Découverte, 2013, pp. 339-352.

³ Émile Durkheim, «Debate sobre la explicación en historia y en sociología», *op. cit.*, p. 294.

vestigó las variaciones de las tasas de muerte voluntaria las explicó poniéndolas en relación con los niveles de regulación y de integración de los medios sociales en las que las mismas se producían, y estimó innecesario tomar en cuenta las cartas de justificación dejadas por los suicidas.

Los sociólogos durkheimianos, fueron igualmente críticos de lo que por entonces llamaban los *historiadores historizantes*. Así, François Simiand aplicó la teoría general al criticar a los historiadores diciendo que llamaban:

«causa de un hecho a uno o varios hechos anteriores elegidos sin regla precisa, a su juicio, a su impresión, a su olfato personal (...) Parece que con frecuencia se guían simplemente según la verosimilitud, es decir, según las relaciones de fenómenos que el historiador, con sus ideas, con sus ideas del medio, según los modos intelectuales de la época o de la estación, juzga verosímiles»⁴.

Poco antes del artículo de Simiand, había sido publicado un libro en el que Seignobos⁵ planteaba sus críticas generales a las distintas corrientes de la Sociología («palabra inventada por filósofos») que, según estimaba, con sus objeciones recíprocas no habían sido capaces de construir conocimientos significativos y bien fundamentados. En términos un tanto indirectos, las objeciones de Seignobos a Fustel de Coulanges, a August Comte y a Karl Marx parecían estar, también, dirigidas a los durkheimianos.

No fueron pocos quienes encontraron afinidades entre las ideas de Durkheim y las de Marx. Sin embargo, Durkheim, resumió las diferencias señalando que además de las relaciones establecidas en la producción económica, existían otras igualmente importantes en la vida urbana, en las religiones, en las corrientes de entusiasmo por causas diversas, etc., que creaban realidades *sui generis* cuyas capacidades de presión, coacción o constreñimiento, se expresaban en usos, costumbres o representaciones colectivas que condicionaban y/o determinaban las conductas individuales y gru-

⁴ François Simiand, «Méthode historique et science sociale. Etude critique d'après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos», en: *Revue de Synthèse historique*, 1903, publicado también en: *Méthode historique et sciences sociales*, Paris, Éditions des archives contemporaines, 1987, pp. 113-169, en castellano en: *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, n° 6, UNED, Madrid, 2003, pp. 163-202.

⁵ François Seignobos, *La méthode historique appliquée aux sciences sociales*, Paris, Alcan, 1901, publicado en castellano por Daniel Jorro, Madrid, 1923.

pales. En sus caracterizaciones sobre la naturaleza de las doctrinas y los símbolos que convertidos en creencias se tornan fuertes y perdurables, Durkheim sostuvo que «si se llama delirio a todo estado en el que el espíritu añade a los datos inmediatos de la intuición sensible y proyecta sus sentimientos e impresiones sobre las cosas, no existe, quizá, ninguna representación colectiva que en este sentido no sea delirante»⁶. La capacidad performativa de los «delirios bien fundados», para producir realidades sociales y políticas, situó a la sociología durkheimiana fuera de las dicotomías materialismo-idealismo. Con Marx, Durkheim podía decir que los hombres hacen su propia historia, aun cuando no la hacen a su libre arbitrio sino bajo condiciones que no escogen; que no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia; que la «tradicición» es eficaz en tanto representación imaginaria que oprime los cerebros de los actores y condiciona las puestas en escena de la política; y que el lenguaje, es la «conciencia práctica» de los seres humanos.

Marx se había expresado muy negativamente sobre las ideas de Comte, comentándole a Engels, en una carta de 1866, que estaba leyendo:

«a Comte porque los ingleses y los franceses hacen tanto barullo en torno a esa persona. Le admiran lo enciclopédico, la síntesis. Pero en comparación con Hegel es un débil mental (si bien Comte le es superior como matemático y físico de formación, pero sólo en cuestiones de detalles, pues en su conjunto Hegel lo supera infinitamente). ¡Y este lastimoso positivismo se ha manifestado en 1832!»⁷.

En cambio, tal como lo destacamos en un texto sobre las relaciones de Durkheim con la política⁸, la recepción de sus ideas en los medios marxistas de Francia comenzó siendo favorable, tal fue el caso de Georges Sorel, quien a partir de la lectura de la *División del trabajo social* consideró que:

⁶ Émile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Akal, 1992, p. 223.

⁷ Karl Marx y Friedrich Engels, *Correspondance*, Moscú, Éditions du Progrès, 1971, p. 179.

⁸ Ricardo Sidicaro, «La política según Durkheim», en: Émile Durkheim, *Escritos Políticos*, Barcelona, Gedisa, 2011.

«ningún científico estaba mejor preparado que Durkheim para hacer entrar las teorías de Marx en la enseñanza superior, pues es el único sociólogo francés que posee una preparación filosófica suficiente y un espíritu crítico lo bastante desarrollado como para poder captar en los cambios de la historia las leyes científicas y las condiciones materiales de su devenir»⁹.

Sin embargo, el punto en el que la sociología durkheimiana se distanciaría totalmente de los marxistas sería respecto de su filosofía de la historia –resumida en la sucesión de etapas que necesariamente debían conocer las sociedades– rechazándola de plano.

Sobre los cambios revolucionarios, tema que en su época interesaba no sólo a los historiadores sino que atravesaba muchas discusiones políticas, Durkheim desarrolló sus ideas en los cursos que luego fueron publicados con el título *La educación moral*. Desde una posición coherente con su sociología, en la que hacía un paralelo entre las leyes de la física y las que regían el desarrollo de las sociedades, afirmó que las sociedades no podían ser modificadas totalmente por la voluntad de los hombres: «aunque los ciudadanos de un mismo estado se pongan de acuerdo para realizar una revolución económica o política, si esta revolución no está en la naturaleza de las cosas, en las condiciones de existencia de la sociedad, fracasará irremediablemente»¹⁰. Considerando las relaciones Estado-sociedad como clave de inteligibilidad de las transformaciones políticas, Durkheim sostenía que en los países que habían tenido desenvolvimientos sociales similares al francés, el Estado era el resultado del desarrollo espontáneo de la sociedad. Pero en términos de los análisis históricos comparados, también planteó la situación diametralmente inversa en 1902 al comentar las posiciones de un autor que definía la peculiaridad del caso ruso y afirmaba que allí el Estado era el agente constructor de la sociedad. Frente a ese argumento, Durkheim se interrogó sobre la tradición política rusa y la profundidad real de los cambios sociales realizados por iniciativa del Estado, y señaló que si no se modificaba el sistema mental de la población los cambios, que hoy denominamos «desde arriba», estaban condenados a ser meras modificaciones superficiales, sin raíces y ajenos a la vida social. El fundador de la sociología francesa murió en los mismos días que los bolcheviques comenzaban su revolución

⁹ Citado en Marcel Fournier, *Émile Durkheim*, Paris, Fayard, 2007, p. 233.

¹⁰ Émile Durkheim, *La educación moral*, Buenos Aires, Schapire, 1973, p. 284.

«desde arriba», acontecimiento que marcó casi todo el siglo XX. La historia, ese gran laboratorio a cielo abierto, confirmó su hipótesis.

Coherente con el criterio que suponía que toda ciencia debía ajustarse al modelo de las ciencias naturales, Durkheim establecía la diferenciación entre lo normal y lo patológico, que lo llevó a elaborar el concepto de *anomia* para analizar el desarrollo de los ámbitos de relaciones sociales en los cuales existían déficits de regulaciones legales o éticas. Anomia fue y es uno de los conceptos durkheimianos más divulgados pero cuyo alcance explicativo perdió precisión con su difusión al ser definido de forma tautológica, remitiendo simplemente a la etimología: *ausencia de normas*. Ese modo literal de definir por la negativa, neutralizó la capacidad heurística del concepto de anomia, puesto que al decir que no hay «ley» se omite que rige la «ley del más fuerte». Por más de una razón, Durkheim debió decidir abandonar el uso del concepto de anomia, luego de haberlo definido con total claridad en términos macro-sociológicos en el prefacio a la segunda edición de *De la división social del trabajo*, publicada en 1902. Con notable precisión, en dicho prefacio, explicaba las causas de la aparición del estado de anomia, y los mecanismos de su difusión en la sociedad, diciendo que su origen debía atribuirse a la falta de regulaciones de las modernizadas actividades industriales y mercantiles, situación que llevaba a los permanentes conflictos entre los actores que se desempeñaban en las mismas y generaba enfrentamientos dado que:

«como nada contenía las fuerzas en presencia y no le asigna límites que estén obligados a respetar tienden a desenvolverse sin frenos para chocar unas contra otras, para rechazarse y tratar de someterse mutuamente. Sin duda, las más intensas logran aplastar a las más débiles o subordinarlas. Pero si bien el vencido puede resignarse por un tiempo a la subordinación que está obligado a padecer, no la consiente, y, en consecuencia, no se puede constituir un equilibrio estable. Las treguas impuestas por la violencia son provisorias y no pacifican los espíritus. Las pasiones humanas no se detienen sino ante un poder moral que respetan. Si falta una autoridad de este tipo, reina la ley del más fuerte, y, latente o agudo, el estado de guerra es necesariamente crónico. Evidentemente tal anarquía es un fenómeno mórbido, ya que va contra el objetivo mismo de toda sociedad, que es suprimir, o al menos moderar, la guerra entre los hombres, sometiendo la ley física del más fuerte a una ley más alta»¹¹.

¹¹ Émile Durkheim, *De la división del trabajo social*, Buenos Aires, Schapire, 1967, p. 9 (cita corregida a partir de la versión francesa).

Pero la gravedad de esa situación se ampliaba, según Durkheim, debido a que se trataba de una forma de actividad que ocupaba un lugar muy significativo en la vida social, y en la que un gran número de personas pasaba buena parte del día, por lo que las mentalidades adquiridas en esas esferas sin regulaciones (hoy diríamos los *habitus incorporados* en el sentido de Pierre Bourdieu), eran trasladadas a otros espacios sociales de los que participaban.

En cuanto a las proyecciones de la situación de anomia, en *La educación moral* Durkheim sostuvo que «en épocas de gran perturbación se ve subir a la superficie de la vida pública una cantidad de elementos nocivos que, en épocas normales permanecen disimulados en la sombra»¹². La reflexión durkheimiana se refería igualmente a las situaciones en las que existían caudillos políticos que tomaban decisiones como déspotas, libres de todo control y sin oponentes, y a «los partidos políticos demasiado poderosos, que no se enfrentan con minorías suficientemente resistentes [y] no tardan en arruinarse por el mismo exceso de sus fuerzas, pues, como nadie es capaz de moderarlos, se dejan inevitablemente conducir a violencias extremas que los desorganizan a ellos mismos»¹³. La insatisfacción en el plano social e individual era para Durkheim la consecuencia de situaciones en las que, sin normas claras que fijasen logros bien definidos, nada podía colmar los deseos, demandas y aspiraciones. Empleando el concepto de anomia Durkheim explicó la permanencia de los ideales socialistas en los obreros de fines del siglo XIX, quienes aun cuando conseguían mejoras salariales y de nivel de vida, mantenían las insatisfacciones expresadas en reclamos sindicales e ideas revolucionarias. Por otra parte, en amplios sectores de la población, el estado de anomia generaba sentimientos de inseguridad y de amenaza que los llevaba a imaginar la existencia de complots y de «enemigos», como ocurrió en el *affaire* Dreyfus. Los argumentos de Durkheim cuando le objetaba a Seignobos confundir las «causas» de las conductas sociales con los «motivos» declarados por los protagonistas, pueden encontrar un buen ejemplo en el caso de las situaciones de anomia en los que surgen modos de hacer, pensar y sentir que llevan a los agentes a tomar iniciativas que ellos justifican remitiendo a ideologías, creencias o sentimientos, que estiman válidos por el hecho de ser aceptados por el sentido común de aquellos colectivos de los cuales forman parte.

¹² Émile Durkheim, *La educación moral*, op. cit., p. 167.

¹³ Ídem, p. 55.

Tanto en las situaciones normales como en aquellas definibles mediante el concepto de anomia, los individuos piensan con categorías de entendimiento cuya socio-génesis se explica por el carácter de los medios sociales de los que participan. Es por eso que las construcciones de la Historia que Durkheim impugnaba operan en la perpetuación de la confusión, ya que toman por verdades lo que en realidad son introspecciones de grandes personajes, del hombre y la mujer, de intelectuales que en nombre de lo que dice el «pueblo» se presentan como «la voz de los sin voz», o bien de los economistas liberales a los que sólo los ejercicios de introspección podrían confirmarles que el egoísmo es parte de la naturaleza del ser humano. No es sorprendente que en esas situaciones de confusión hayan aparecido quienes con éxito movilizaron a amplios sectores de sus sociedades invocando lo que León Poliakov definió como «causalidades diabólicas».

WEBER

En Max Weber convivieron las vocaciones por la Historia, el Derecho, la Economía y la Sociología. En todos sus textos cabe encontrar ideas y ejemplos que muestran un interés por la elaboración de explicaciones que han dado lugar a desacuerdos sobre la disciplina en la que cabe inscribirlas o bien reconocer que se trata de un esfuerzo interdisciplinario que desborda los casilleros académico-burocráticos¹⁴. La Tesis de Habilitación de *Privatdozent* en derecho romano, germánico y comercial, sostenida en Berlín en 1891, publicada en castellano bajo el título *Historia Agraria Romana*¹⁵, su artículo «La decadencia de la cultura antigua. Sus causas sociales»¹⁶ de 1896, el texto sobre las economías agrarias de la Antigüedad (*Agrarverhältnisse im Altertum*) de 1909, empleando la caracterización con la que Wolfgang Schluchter definió *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, pueden ser considerados en primer lugar trabajos de Historia pero que eran mucho más que eso, ya que en ellos si bien se aportan respuestas a problemas históricos «también se reacciona ante una compleja constelación científica de problemas

¹⁴ Al respecto ver Bryan Turner, *Max Weber. From History to Modernity*, New York, Routledge, 1993.

¹⁵ Max Weber, *Historia agraria romana*, Madrid, Akal, 1982.

¹⁶ Publicado en la *Revista de Occidente* en 1926, tomo XIII, e integrado a la compilación *La transición del esclavismo al feudalismo*, Madrid, Akal, 1989.

y se establece una orientación para la investigación en el campo de las ciencias culturales *en cuanto ciencias sociales*»¹⁷.

En cualquiera de las primeras obras mencionadas, por sus observaciones metodológicas y los mecanismos explicativos para vincular recíprocamente esferas o dimensiones de distintas actividades sociales, se reconocen los esbozos de una sociología en estado práctico que plantea dudas sobre cuándo Weber comenzó a ser sociólogo. Entre las opiniones autorizadas al respecto, Paul Veyne, se refirió al conjunto de los aportes weberianos y destacó que los estudios comparativos, por cierto diferentes a los realizados por los historiadores de acontecimientos, no le quitan a los primeros su inscripción en los análisis históricos¹⁸. Mucho antes de que, con su particular estilo de precisión expositiva y cuidadoso uso de los términos, definiese la Sociología, su contenido había sido adelantado en las diversas maneras de referirse al sentido de la acción de los actores y a las conexiones causales entre esferas de prácticas sociales. Si toda trayectoria intelectual supone un deslizamiento de problemáticas que sólo excepcionalmente produce rupturas epistemológicas, que los arqueólogos del conocimiento registran, esa tarea se hace difícil en la obra de Weber.

Así como Durkheim discutió con Seignobos sobre la concepción entonces predominante de la historiografía francesa, Weber polemizó con la escuela histórica alemana. En *Economía y sociedad*, en varias oportunidades comparó las *ciencias empíricas de la acción* (Sociología e Historia), que estudian el *motivo* de la acción, y las diferenció de la *ciencias dogmáticas* (Jurisprudencia, Lógica, Ética, Estética) que pretenden investigar en sus objetos el sentido «justo» y «válido». En las *ciencias empíricas de la acción* distinguía que, en la medida que pueden observarse regularidades, es decir:

«acciones que se repiten con el mismo *significado* subjetivo típico en un mismo agente o en numerosos agentes (y que, eventualmente, se repiten también al mismo tiempo), de dichos *tipos* de desarrollo de la acción se ocupa la sociología, a diferencia de la historia, que se ocupa de la imputación causal de acontecimientos individuales importantes, es decir, decisivos»¹⁹.

¹⁷ Wolfgang Schluchter, *Acción, orden y cultura. Estudios para un programa de investigación en conexión con Max Weber*, Buenos Aires, Prometeo, 2009, p. 114; Guenther Roth y Wolfgang Schluchter, *Max Weber's Vision of History, Ethics & Methods*, Berkeley, University of California Press, 1979.

¹⁸ Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, Paris, Seuil, 1971, pp. 197-198.

¹⁹ Max Weber, *Conceptos sociológicos fundamentales*, Madrid, Alianza, 2006, p. 110.

En relación a esa distinción, Catherine Colliot-Thélène destacó que la sociología de Weber elabora conceptos o reglas generales y aporta medios para las pruebas de la Historia y «al contrario que los teorizadores puros, la sociología de estilo weberiano acuerda de entrada a sus construcciones abstractas un carácter instrumental (...) Él no piensa que las construcciones abstractas constituyen en sí mismas conocimientos de la realidad»²⁰, ni tampoco imaginaba que la realidad podía deducirse. Sobre las aplicaciones de los tipos ideales, Weber aconsejaba a quienes se especializaban en la historia de la Antigüedad no aplanar la complejidad y fluidez de aquellas situaciones estudiadas que no permitían aplicar conceptos estables y precisos, proponiéndoles en el capítulo final de *Agrarverhältnisse im Altertum* —texto que aquí citamos a partir de la traducción francesa—, el empleo de conceptos ideal-típicos a los efectos de no violentar los datos históricos y las variaciones existentes en la realidad agraria de las grandes civilizaciones de la Antigüedad²¹.

El capítulo inicial de la primera y de la segunda versión de *Economía y sociedad*, preparadas y publicadas luego del fallecimiento de Weber, por su presentación formalista de definiciones y categorías, podía llevar a pensar que el autor especulaba sobre bibliografías, desinteresado de las realidades circundantes, y que los largos desarrollos de sociología histórica eran ilustraciones históricas incompletas. Además, ese comienzo formalista, en la segunda versión ampliada de dicha obra dejaba a los recortes de los escritos políticos agregados un carácter impreciso, que le restaba su significación en tanto esbozos de una sociología del tiempo presente. Es interesante señalar que ante esa compaginación que desvirtuaba el plan original de Weber, los nuevos editores de la obra en alemán restituyeron el sentido de su inconcluso proyecto y lo ordenaron con criterios propios de un aporte fundacional de sociología histórica.

«Si, en definitiva, me hice sociólogo ha sido esencialmente con objeto de poner término a estos ejercicios a base de conceptos colectivos, cuyo espectro no cesa de merodear. En otras palabras, tampoco la sociología puede proceder sino de las acciones de uno, o de algunos o de numerosos individuos separados. Por eso se encuentra obligada a adoptar métodos estrictamente individualistas»²².

²⁰ Catherine Colliot-Thélène, *La sociologie de Max Weber*, Paris, La Découverte, 2006, p. 37.

²¹ Max Weber, *Economie et société dans l'Antiquité*, Paris, La Découverte, 2001, p. 394.

²² Max Weber a Robert Liefmann, en: *Revue française de sociologie*, octubre-diciembre, 2005.

Este fragmento de la carta escrita por Weber a Robert Liefmann en 1920, ha animado no pocos debates sobre la concepción weberiana de la disciplina ya que su estilo irónico y telegráfico de resumir algunas claves de su perspectiva teórica, deja lugar a interpretaciones contradictorias. El rechazo de las entidades colectivas de carácter metafísico era para Weber un requisito científico indispensable para diferenciarse de quienes creían en el «espíritu del pueblo» desde ópticas filosóficas o políticas diversas y alentaban populismos e idearios anacrónicos para quienes veían necesario modernizar la sociedad y las instituciones. Las explicaciones de individualidades históricas ubicaron la perspectiva teórica weberiana en el polo opuesto a quienes formulaban leyes generales del devenir histórico, lo que expresó diciendo: «dos vías están abiertas: Hegel o nuestra manera de ver las cosas»²³. Con respecto a los métodos individualistas, Weber explicó en varias oportunidades que:

«Las acciones *reales* discurren en la gran mayoría de los casos sin que se tenga conciencia de su significado pensado en una vaga semiconsciencia del mismo. El agente siente ese significado de una manera más imprecisa que si lo «tuviera claro»; en la mayoría de los casos actúa por impulsos o costumbres. El significado de la acción sólo en algunas ocasiones se consiente como un significado racional, y, cuando se trata de acciones iguales realizadas por una masa de personas, sólo se hace consciente en algunos individuos. En realidad, una acción con un significado claro y plenamente consciente es siempre un caso límite»²⁴.

A modo de sucinto e incompleto resumen, digamos que en sus comparaciones socio-históricas Weber propuso una amplia caja de herramientas heurísticas tanto para el análisis del particular desarrollo económico, político y cultural de las sociedades occidentales como de aquellas que siguieron vías diferentes. Las múltiples dimensiones tenidas en cuenta en los estudios de las unidades consideradas como individualidades históricas, le permitieron, por similitudes y diferencias, consolidar en términos metodológicos lo que en principio presentó como formulaciones en estado práctico.

²³ Citado en Pierre Buret, *Les promesses du monde. Philosophie de Max Weber*, Paris, Galimard, 1996, p. 25, párrafo que integra una carta de Weber a F. Eulenburg, de mayo de 1909.

²⁴ Max Weber, *Conceptos sociológicos fundamentales*, op. cit., p. 96.

Consciente de avanzar en un terreno conflictivo, sus artículos epistemológicos fueron en más de un aspecto reiterativos, y puntualmente datados según las circunstancias y los ocasionales autores objetados. Pero a diferencia de Durkheim, Weber tuvo interlocutores con mayores acerbos científicos y culturales. Esto fue particularmente claro con respecto a quienes adherían a las ideas de Marx, concepción ideológica más desarrollada en Alemania donde se constituyó la poderosa socialdemocracia que inspiró a las de otros países, mientras que en Francia existían sólo cenáculos reducidos con escasos conocimientos del marxismo cuya influencia política era mínima. Aun cuando en algunos de los textos históricos iniciales de Weber las referencias a los factores económicos pudieron estar influidas por sus lecturas de Marx, las articulaciones entre las diversas dimensiones de las prácticas sociales situaron sus investigaciones en claves diferentes, no siempre opuestas y sólo en algunos casos explicitadas como tales. El rechazo a las filosofías de la historia, las búsquedas del sentido de la acción, los estudios de individualidades históricas, las hipótesis encaradas mediante nexos explicativos relacionales, así como la construcción de generalizaciones empíricamente fundadas y causalidades múltiples, cuestionaban más al marxismo vulgar o economicista que al pensamiento dialéctico de Marx. En tanto la ciencia se caracteriza por formular preguntas allí donde hay respuestas, la amplitud de los aportes hechos por Weber provocó un gran número de apreciaciones negativas en el campo científico, mientras que algunas de sus apreciaciones sobre la política le granjearon, igualmente, legiones de objetores.

Dada su definición de la Sociología y de la Historia como *ciencias empíricas* de la acción, Weber no podía evitar las menciones de aspectos puntuales que por incompletos o controvertidos suscitaban desacuerdos de los especialistas. La naturaleza polémica de muchas de sus afirmaciones sobre la Antigüedad seguramente podía ser captada por pocos lectores, pero la manera expositiva que lo llevaba a proponer paralelos con acontecimientos o actores del presente, funcionaba como provocaciones a quienes nada podían opinar sobre la historia de Egipto, Grecia o Roma. Ese modo expositivo no era arbitrario, pues expresaba la naturaleza teórica de las matrices relacionales que empleaba, cuya productividad residía en situarse por encima de los criterios de las líneas de tiempo. Incluso en contribuciones sobre temas alejados de los problemas políticos o culturales de su tiempo, Weber no dejaba de hacer alusiones que recalaban la similitud de procesos pasibles de ser homologados con la actualidad. En *Las causas sociales de la declinación de la civilización antigua*, prevenía a sus lectores diciendo que no esperasen que dijese

de te narratur fabula ni que concluyese con un *discite monti!*, pero agregaba que el caso histórico a abordar, singular por cierto, se refería a la autodisolución de una vieja civilización²⁵.

Stephen Kalberg²⁶ propuso una importante contribución sobre la sociología histórica comparativa weberiana, en la que sistematizó los nexos explicativos relacionales, no siempre explicitados por Weber en sus obras publicadas, que junto con las definiciones de las categorías conceptuales y de los tipos ideales, integran el entramado analítico de sus contribuciones científicas. Esos nexos explicativos que articulan esferas diferentes de prácticas (económicas, políticas, culturales, religiosas) que fueron fructíferos recursos de investigación de la historia y de la sociología weberiana cabe considerarlos como la mejor muestra de la compatibilidad entre ambas disciplinas y distan de ser únicamente de interés para quienes se especializan en sociología histórica. Los estudios comparativos proveen generalmente insumos para la formulación de hipótesis de investigación no sólo para nuevas comparaciones sino también para los análisis de individualidades históricas, y en todos los casos los mencionados nexos son la clave para evitar la alternativa entre descripción y explicación.

Sobre el nexo explicativo acción-estructura, Kalberg planteó una interpretación que sin encontrarse textualmente en Weber no contradice su teoría, en la cual refiere lo estructural a los órdenes de las costumbres y usos de procedimientos legitimados y los *loci* sociológicos. Para Weber la comprensión e interpretación del sentido subjetivo de la acción debía encararse partiendo de las acciones de los individuos, pero no creía que los mismos se movían en vacíos experimentales ya que la noción de poder y de sus formas, que vertebraban su teoría, presuponían sistemas de dominación que imponían límites y sometimientos de muy diferentes tipos. Los tipos ideales, utilizados para estudiar esa configuración variable de intereses que caracterizaban la dominación, fueron un recurso empleado por Weber para producir conocimientos que superan las descripciones desde sus tempranas obras históricas y, seguramente, hasta las últimas y todavía inéditas.

²⁵ Max Weber, *Las causas sociales de la declinación de la civilización antigua*, en: *Economie et société dans l'Antiquité*, op. cit., p. 65.

²⁶ Stephen Kalberg, *Max Weber's Comparative-Historical Sociology*, Chicago, The University of Chicago Press, 1994.

A MODO DE CIERRE

Durkheim y Weber dejaron algunas notas marginales sobre la Argentina de finales del siglo XIX. Se trató de pequeñas reflexiones que aludían a dos temas centrales relacionados con las migraciones internacionales²⁷.

Durkheim en el volumen V de la revista *L'Année Sociologique* (1900-1901) escribió un breve comentario sobre el artículo de P. Sitta titulado «La popolazione Della República Argentina» (publicado en la *Rivista Italiana Di Sociologia*, IV, 3, pp. 310-335) del cual tomaba las informaciones para afirmar que lo:

«interesante de la República Argentina desde el punto de vista demográfico es la parte enorme de los extranjeros inmigrados en el conjunto de la población (25%). Esta particularidad fundamental lleva consigo otras: predominancia marcada del sexo masculino, proporción considerable de hombres de entre 20 y 40 años, débil proporción de familias, pero alta natalidad tanto en los nativos como en los inmigrados (más de 4 hijos por mujer casada). El pueblo argentino tiene entonces una constitución demográfica muy particular, cuya influencia se hace sentir necesariamente en la marcha general de su historia»²⁸.

El fundador francés de la Sociología no se ocupaba de las consecuencias políticas de la inmigración, pero pudo haber continuado su texto diciendo que una sociedad con tales características socio-demográficas no podía sino conocer fuertes carencias en el plano de las instituciones y de la integración social y, además, diagnosticado los probables procesos de anomia que, en términos generales, acompañaban los rápidos incrementos de población y de urbanización, así como las situaciones de movilidad social vertical. Por otra parte, en sus consideraciones conceptuales sobre el origen del estado de anomia Durkheim había incluido los efectos de la internacionalización de los mercados que quitaba previsibilidad a las fluctuaciones de las economías nacionales. Hubiese podido considerar también datos seguramente no registrados en su fuente: el sistema de explotación del trabajo asalariado sin

²⁷ Los textos de Durkheim y Weber sobre la Argentina están incluidos en: Ricardo Sidicaro, «Sobre las etapas políticas de doscientos años argentinos», *Trabajo y Sociedad*, Universidad Nacional de Santiago del Estero, verano de 2011.

²⁸ Émile Durkheim, *L'Année Sociologique* (1900-1901), Paris, Alcan, reproducido en Émile Durkheim, *Journal sociologique*, Paris, Presses Universitaires de France, 1969, p. 385.

legislaciones estatales protectoras del tipo que comenzaba a implementar Europa, cuya ausencia agudizaba los efectos «patológicos» de la división del trabajo social. Igualmente, desde una perspectiva durkheimiana cabía observar las consecuencias del proyecto modernizador fundado en la necesidad de tomar distancia de las tradiciones españolas, en la laicización de la educación, en la crítica de las formas de sociabilidad del interior vistas como arcaicas, en la estigmatización de las poblaciones aborígenes. Crear un país fundado casi exclusivamente en la conciencia colectiva relativamente débil que surge de la *solidaridad orgánica*, hubiese dicho Durkheim, hará difícil la estabilización de un régimen político democrático dadas las insuficientes condiciones para la formación de un espíritu público unificado en torno a valores nacionales compartidos.

En 1894, Max Weber se preguntaba por las verdaderas causas de los bajos precios de los productos argentinos que ponían en peligro la producción de cereales en Alemania, y no fue en los aspectos naturales agronómicos en los que centró su análisis. Para responder ese interrogante, Weber disponía de escasas informaciones y sus fuentes principales fueron unas pocas cartas de colonos alemanes que vivían en nuestro país que proporcionaban descripciones etnográficas de los modos de trabajo, contratación y alojamiento de los obreros rurales de las colonias agrícolas de Entre Ríos, y, además, algunas informaciones cuantitativas tomadas de la *Review of the River Plate* de fines del año 1893. La reflexión de Weber sobre la Argentina tenía continuidad con sus estudios sobre la situación de los obreros agrícolas del Este del Elba, en los que había sacado importantes conclusiones sobre las relaciones que cabía establecer entre los modos de trabajo y los formatos de organización político-institucionales. Según Weber, las ventajas comparativas argentinas en el comercio mundial de granos surgían de la sobreexplotación de los trabajadores transitorios con muy bajos salarios, sin leyes de protección social y alojados en barracas insalubres. En la formación de precios competitivos también jugaba la inestabilidad del valor de la moneda local que, en el análisis de Weber, le permitía al sistema comercial favorecerse con las depreciaciones monetarias al pagarles menos a los productores, los cuales a su vez hacían recaer sus pérdidas sobre los trabajadores. Coherente con los hallazgos de su investigación sobre el Este del Elba, Weber subrayaba que las situaciones de desarraigo de los obreros agrícolas provocaban efectos perjudiciales para la formación de los lazos sociales necesarios para la construcción de instituciones estatales-nacionales modernas. Preocupado por la defensa de los intereses de su país, veía como imposible competir con las importaciones de cereales argentinos a

menos que Alemania decidiera «descender y no ascender en el carácter de nuestra estructura social y en nuestro nivel cultural, llegando al nivel de un pueblo semi-bárbaro de baja densidad de población, como lo es Argentina»²⁹.

Gino Germani empleó el concepto de *anomia* sin definirlo del mismo modo que Durkheim, pero manteniendo algunos de sus criterios explicativos, a los efectos de indagar sobre los apoyos políticos de los obreros provenientes de las migraciones internas al peronismo emergente, en un texto de 1956 que fue integrado luego al libro *Política y sociedad en una época de transición*. No resulta sorprendente, dada la crisis general en que vivía el país, que el buen comienzo que suponía estudiar desde una perspectiva científica la problemática política argentina no haya prosperado, y que la contribución de Germani tuviese como principal eje de lectura no cuestiones de teoría sociológica sino problemas secundarios en relación al mundo obrero y a aspectos de las transformaciones demográficas. La discusión sociológica sobre la anomia argentina quedó desplazada y lo que hubiese podido ser un tema central para la reflexión sobre las «causas», en sentido durkheimiano, de la crisis política argentina —abiertamente manifestada en las sucesivas supresiones de la vigencia del orden institucional que, además, contaban con el apoyo de sectores importantes de la población—, desapareció prácticamente en tanto tema conceptual de la agenda académica.

Con muy pocos datos pero contando con paradigmas sociológicos de gran capacidad heurística Durkheim y Weber habían propuesto sus notas marginales sobre las dificultades probables de un lejano país sudamericano que por entonces llamaba la atención por sus aparentes potencialidades económicas. La anomia durkheimiana en el sentido de la imposición de la *ley del más fuerte* habría de combinarse con los efectos de la sobre-explotación del trabajo rural que a Weber le daba la clave de la competitividad en materia agroalimentaria. La clase obrera que al decir de Germani había tenido un *ersatz* de participación política bajo el decenio peronista, se convirtió después de su derrocamiento en una incógnita para los sociólogos influidos por las filosofías de la historia que anunciaban una «necesaria» radicalización de sus ideas y prácticas.

²⁹ Max Weber, *Revista Sociedad*, n° 6, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1995.

Por otra parte, la explicación de Germani mal leída dejaba lugar a pensar que el peronismo había sido un proceso explicable por el protagonismo de los obreros entre los cuales paulatinamente se borran las diferencias entre nuevos y viejos. La influencia de esas visiones estaba destinada a desorientar los estudios de aquellas provincias de escasa o nula industrialización que tuvieron peronismo y en las cuales había una cantidad mínima de obreros. *La invención del peronismo en el interior del país*, libro compilado por Darío Macor y César Tcach, así como otros trabajos de historia sobre los peronismos no-metropolitanos, pueden considerarse no sólo aportes desmitificadores de los orígenes del conglomerado político que se caracterizaría por un permanente pragmatismo a-programático, sino también un insumo intelectual valioso para el fortalecimiento de las *ciencias empíricas de la acción*. Además, la mayor difusión de la obra de Weber, y sobre todo las crisis de la política, favorecieron que en las dos últimas décadas se pudiese pensar con más agudeza conceptual sobre el campo político y quienes «viven de la política» y, con Durkheim, preguntarse si las creencias en la representación no tienen mucho de «delirios bien fundados» que se debilitan cuando los sustratos de las sociedades se fragmentan.

Registro bibliográfico

SIDICARO, RICARDO

«Durkheim y Weber: sobre los análisis sociológicos y los análisis históricos», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXIV, N° 46, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, primer semestre, 2014, pp. 57-75.

Descriptorios · Describers

Sociología / Historia / teorías de la acción social / Durkheim / Weber
Sociology / History / social action theories / Durkheim / Weber